LA VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA LITERARIA, ARTISTICA E ILUSTRADA

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Marzo 27 de 1898	Núm. 37

Director y Redactor	Secretario de Redaccion	Administrador
RAFAEL J. FOSALBA	EDUARDO GANDOLFO Dirección y Administración: calle 25 de Mayo 427	JOSÉ VIDAL

GALERÍA DE BELLEZAS URUGUAYAS

(MERCEDARIA)

Elvira Marfetán

(Fotografía de A. Mautone y C.ª)

SUMARIO

TEXTO—"Ninón", por Pedro R. Zaballa—"Idilio trágico", fragmento de un poema inédito, por Andrès A. Mata—"Hortensia", por Mauricio Sinuic—"Mi mejor visión", poesía por Cárlos Roxlo — "La hipérbole del arte", estudio filosófico-histórico-literario por Francisco Caracciolo Aratta (continuación)—"Junto á los mirtos", poesía por Ubaldo Ramón Guerra — "Matilde", por Siempre-viva—"Desgraciada", poesía por Vicente Magallanes — "Cuadro de doble faz", por Américo S. Mancebo—"Arboles viejos", soneto por José Santos Chocano—"Santiago Barco", por Pontsevrez (continuación)—"El grito del obrero", poesía por Raul de Alceda—"Pétalos sueltos", por Werther — "Una condesa", por Alfonso Daudet (traducción)—Descripción de los figurines.

GRABADOS—Galería de bellezas uruguayas (mercedaria): señorita Elvira Martetán, fotografía de A. Mautone y C.ª, grabado de Jacobo Peuser—Figurines.

NINÓN

En sus pupilas azules y adormidas adiviné sus hondos sufrimientos, y la amé por triste y por huraña.

Vino no sè de donde y se llamaba Ninon, como la hetaira de los principes; Ninón, como la melancólica romanza, donde sollozan los verses de Musset en la música de Tosti.

A la hora de los brindis, me puse en pié y alcé mi copa de cristal bohemio, donde se quebraban las opalinas scintilancias del absintho, y brindé por ella!... exótica flor que se moria en medio de la floracion lujuriosa de aquel ciprio jardin... Por ella!... pàlido lucero perdido entre los astros de aquella noche... Por ella!... la de ojos de cielo y càbellos de oro...

La alfombra, en medio de un reguero de luz, parecía un lago ensangrentado donde asomaban las desmayadas corolas de los nenúfares; en las marfilinas lenguas del piano, vibraban las notas voluptuosas de los *boston* y de las danzas,—esos epinicios musicales de los trópicos escritos con besos de mulatas bajo la sombra de los cocoteros.—Al compàs de aquella música cadenciosa languidecían las mujeres en brazos de sus caballeros, y los làbios encendidos, hùmedos y palpitantes, se entreabrian como pètalos gigantescos de una rosa ensangrentada. ¡Habría muchas ànsias comprimidas en los pechos y aleteaban muchos besos en las bocas!...

Dejé el suntuoso salon asiático, donde la alfombra, en medio de un reguero de luz, semejaba un lago ensangrentado al que asomaban las palidas corolas de los nenúfares desmayados, y me lancé en busca de Ninon, que prófuga del festín, había ido à hundir su cabecita rubia entre los edredones de un canapé forrado de sedas, y à abrir en el misterio de la soledad las violetas de sus ojos!...

Llegué. Un discreto velador esparcía su fulgor de aurora sobre las ricas colgaduras, y jugaba en el oro viejo de los marcos de los cuadros.

Me acerqué al canapé. El ruido de mis pasos se apagaba en la alfombra carmesí.

Ninón, en lánguido abandono, tendida sobre el muelle canapé, no dormia... soñaba.

Una de sus manos, blancas como el alabastro, caía fuera del asiento, y bajo la falda asomaba un gracioso piecesito, aprisionado en la seda azul de una botita deliciosamente ajustada. Su cabellera rubia descendia en lluvia de oro sobre su palpitante seno, y sobre la blanca seda de su traje, y su mirada vagaba en lo infinito. Desde el aurino cerco de sus pestañas, el azul de sus pupilas parecía interrogar al azul indefinible del ensueño!...

Llegué!... Me arrodillé, incliné la frente y besé su mano del más delicado raso.

Y la mano se estremeció bajo mis làbios!

Levanté la vista y encontré unos ojos azules, muy grandes, que escudriñaban mi alma.

—Ninón, te amo!...—murmuré.

—Lo sabia y te esperaba...—contestó.

De pronto apagóse el velador.

El ruido de la danza llegaba hasta nosotros como el flébil rumor de un epitalamio.

La sombra nos envolvia en su misterio.

La noche protegia nuestro amor!

Busqué sus làbios con los mios y en silencio nuestras almas se fundieron en un beso!...

PEDRO R. ZABALLA.

Montevideo, Marzo 26 de 1898.

Mi mejor visión

Largo traje talar; en la cabeza
Una corona de laurel; gallarda;
El busto lleno; dulces las pupilas;
El lábio como flor de pasionaria;
Sobre sus hombros de matiz cobrizo,
Sobre la rosa-thé de sus espaldas,
Una bandera convertida en manto
¡La bandera inmortal de nueve franjas!

Sentándose en el borde de mi cuna
Me miró la visión; dijo en voz baja
Yo no sé que siniestras profecías
Y yo no sé que cantos de esperanza:
Hendió el ambiente olor á cinamomo;
Sobre mi corazón su mano blanca
Lo mismo que una hostia, largo tiempo
Mantuvo puesta la visión gallarda,
Y cuando al corazón volvió los ojos
El niño, halló en sus carnes dibujadas
Cuatro figuras-símbolos: la torre,
El caballo, la res y la balanza!

Desde entonces, si el viento de la tarde,
El que en las cumbres refresco sus alas,
El que huele à perfumes de cuchilla,
Logra encontrar abiertas mis ventanas,
Desgarrando los tules del crepúsculo
Vuelve á mi la visión, y me acompaña
Hasta que nieva el disco de la luna
La nieve de su luz sobre mi estancia.

¡Cuántas cosas entonces no se dicen
El pobre bardo y la visión fantástica,
Mientras ván apagando sus colores
Del sol poniente las carmíneas rayas!
La voz de la visión es como un himno:
Vibran en ella acordes de guitarra:
En ella hay aceros que se chocan;
En ella todos nuestros rios cantan
La canción que al rodar por los barrancos
Murmuran los salterios de las aguas.

Hay en ella laureles que se cimbran
Mecidos del pampero por las ráfagas;
En ella se oye del corcel salvaje
El relincho triunfal; por ella pasan
Como blandos revuelos que simulan
Bodas de amor en nidos de calandria;
Y hay en ella tribunos que apostrofan,
Sacerdotes que oficiau en las aras
Del porvenir, y niños que en sus manos
El alfabeto con unción levantan,—
Mientras zumba la abeja en los claveles,
El grano de la mies la hormiga arrastra,
Y el boyero construye su vivienda,
Músico y payador, sobre los talas!

Susurros de la verde enredadera
Al rancho de las lomas abrazada
Para cubrir lo negro de sus muros
Con una red de flores violáceas;
Cimbros del guaviyú, que en lo más alto
De vuestra corta pero fuerte talla,
Ocultais una fruta cuyo zumo
Al azúcar mejor envidia causa;
Zorzal de nuestros montes, que á la luna
Dirijes tus amantes serenatas,
Posado sobre el junco que se mira
De algún bañado en las serenas aguas;
Crescendos de vihuela en que se dicen
Del domador hercúleo las hazañas,
Mientras doran las luces de la noche
El bronceado dorso de las parvas;
Añoso ombú de flores amarillas,
Que en tu memoria los recuerdos guardas
De los centauros de las viejas horas
Por la pasión del pago iluminadas;
Murmullos desprendidos de mi tierra;
Murmullos que vagais por las comarcas
Del ñandú y del chajá; sordos murmullos
Que conmoveis el éter de la patria:
Cuando se oculta el sol tras las cuchillas,
Con trébol oloroso tapizadas,
¡Cómo os fundís vibrantes en el himno
Con que me mece la visión fantástica!

¡Alma de mi país, la que te cubres
Con la bandera de las nueve franjas!
Alma de mi país, la que te meces
En el sauce llorón de las barrancas,
En que al carpincho pescador esconde
El sarandí batido por las aguas!
¡Alma de mi país, que en los aromos
Te saturas de indígenas fragancias,
Y que el clavel del aire de las sierras
Con lo incoloro de la sombra labras!
¡Alma de mi país, eternamente
Pon acordes de tu himno en mi garganta,
Destellos de tu sol en mis pupilas
Y el amor de tu bien en mis entrañas,
Para que el día en que la sombra llegue
Y entre los brazos de la muerte caiga,
Pueda envolverse el cuerpo de tu bardo
Con la bandera de las nueve franjas!

CÁRLOS ROXLO.

Montevideo, Marzo de 1898.

HORTENSIA

El sol acababa de ocultarse escoltado por un grupo de nubes rosadas, cuyos bordes, semejantes á caprichosos festones de oro bruñido, daban al cielo ese aspecto imponente y magnífico como, no pocas veces, se admira en Montevideo. El día había sido muy caluroso, pero á la tarde se respiraba ya el aire fresco que venía del mar; la noche, por lo tanto, prometía ser una de esas noches de verano, cuyos encantos nos hacen sufrir la nostalgia de su belleza durante el invierno.

Ese día, miércoles—señalado para las reuniones del Prado—dejaría, sin duda, su recuerdo en

más de una mente de niña soñadora, que las hay aquí como en todas partes, y con bastante dósis de romanticismo.

Cuando la luna que, asomando recientemente al rasgarse una densa cortina de nubes, parecia más blanca y más radiosa, atravesó con sus rayos los cristales de una ventana, iluminó la silueta de una jóven que, dando la última mano á su tocado, se reflejaba en el espejo.

Hortensia, cuya alma ésencialmente poética se dejaba dominar por los encantos de la naturaleza, se disponía esa noche á ir al Prado, sin que la satisfacción de quien vá á gozar de algo que le agrada se trasluciera en su frente pensativa. Otra idea la distraía y, obscureciéndole el semblante, le daba ese aspecto de tierna melancolía con que pintan las vírgenes, esas delicadas imágenes con rostro de niña, que parece que no hubieran conocido el dolor. El puente, los corpulentos árboles, la fuente, iluminado todo por esa misma luna que la contemplaba en ese instante, huían de su imaginación para dejar lugar á la figura de un hombre. Y mientras sujetaba el sombrero con un alfiler largo y agudo— como el dardo que la mujer desea clavar en el corazón del hombre que ama—esa cabecita pensaba en él, en él á quien solo deseaba ver, y casi entre dientes murmuraba: "¡Ah! si yo pudiera saber la verdad!"

Su mirada era entónces profunda cual si quisiera descubrir esa verdad que tanto parecía preocuparla, hasta que un suspiro se escapaba de su pecho llevándose su obstinación; pero solo por un instante, el tiempo de acariciar un sueño, pues muy pronto la misma mirada, el mismo aspecto de vaga tristeza la invadía.

Dos horas habían pasado desde el momento en que Hortensia se preparaba á salir; ahora reclinada en una mecedora que había llevado al balcon, contemplaba el cielo. Unas amigas, llegadas ese día de Buenos Aires, queriendo darle una agradable sorpresa, habían ido á visitarla, y cuando éstas se hubieron retirado ya era tarde para ir al paseo. Después del primer ímpetu de enojo que este contratiempo le produjo, volvió á abismarse en la idea que tan tenazmente la perseguía é, imprimiendo con sus piés un movimiento suave á la cómoda mecedora, apoyando la cabeza en el respaldo de aquella en tanto que sus manos jugaban indolentes con el pequeño abanico, voló su imaginacion al Prado.

Allí, en medio de un grupo de jóvenes, creia ver á Marcelo, un jóven rubio, de rostro pálido y ojos claros, cuya mirada penetrante al fijarse en ella más de una vez, había conseguido hacer latir con más premura que de costumbre su corazon de mujer.

Sentíase entónces como indignada contra si misma al pensar en aquel que, tal vez, no habria vuelto á acordarse de ella despues de la última vez que la vió,—y hacia de esto ya muchos dias —mientras que un capricho de su fantasía lo representaba junto á otra jóven, elegantemente vestida, demasíado coqueta, que al hablarle clavaba en él sus pupilas con marcada intencion, correspondiendo á esta mirada aquellos ojos claros que Hortensia tan bien conocía. Y volviendo á repetirse: "¡Ah! si yo pudiera saber la verdad!..." se perdía en un laberinto de conjeturas, de escenas puramente imajinarias que se reproducían, unas después de otras, en su cabeza calenturienta.

Tal vez ella daba más importancia de la que en realidad merecía á ese capricho de su corazon, puesto que al preguntarse: "¿Estaré enamorada de Marcelo?" una sonrisa de incredulidad se dibujaba en sus lábios, la cuál no tardaba en desaparecer al mismo tiempo que al recuerdo de *la otra* volvia á las cavilaciones.

Pero ¿por qué se torturaba entonces? Porque en lo más recóndito del alma, allí donde hacen nido las ilusiones, aves que nacen con la primavera y mueren también con ella, guarda toda mujer jóven, cuando aún no ha pasado por la puerta de los desengaños, un ideal, héroe venturoso de sus más encantados sueños; y Hortensia tenía también el suyo.

No era el "hombre ideal" que ella se forjara, uno de esos héroes de novela, bellos como un Apolo, cuyos sorprendentes rasgos de valentía ó de generosidad bullanguera causan las delicias de muchos cerebros huecos y frívolos; era, por el contrario, un ideal sensato (cuanto à un ideal le es permitido serlo), importándole poco que fuera rubio ó moreno con tal que su figura le representara el hombre fuerte, el verdadero sostèn de la mujer en las continuas luchas de la vida. Y al dotarlo de algunas cualidades morales indispensables, como ser: bondad é inteligencia, lo amaba en sueños, lo amaba como si existiera, y cuando lo hallara en el mundo estaba pronta á darle su corazón, ese corazón que sabría mejor que ningún otro apreciarlo, mejor que ningún otro comprenderlo... entonces sería su amor grande, muy grande, porque él la ayudaría á elevarlo hasta donde no tienen término las cosas, hasta lo infinito ..

Toda vez que alguno fijaba, con cierta insistencia su atención en ella, levantaba los ojos y, observándolo un segundo tan solo, decía para sí algo impaciente, cual si hubiera esperado reconocer en aquel al que buscaba:—"¡Nó, no es este!"

No obstante, un dia su mirada se encontró con la de un jóven á quien otras veces había visto al pasar; después de someterlo al rápido y consiguiente exámen no se dijo como siempre:—"¡No es este!" pero temiendo equivocarse tampoco dijo, con la natural alegria de quien hubiera encontrado finalmente lo que tanto debía interesarle:—"¡Este, este es!" No, teníale horror al desengaño, y ese miedo instintivo la ponía en guardia. Hallábase como un naúfrago cerca de la costa, el cuál desea llegar hasta ella y no se atreve á acercarse temiendo perecer en los escollos.

MAURICIO SINUIC.

Montevideo, Marzo 26 de 1898.

(*Concluirà*).

Junto á los mirtos

(PARA TÍ)

"Poeta, me dijistes,—ríe la altura;
tu naranjo está en flor;—la trepadora
que cuelga de tus rejas su verdura
muestra sus lujos de color de aurora!
En la nieve que ostenta el limonero
se agitan los insectos brilladores;
trina en su jaula, alegre tu jilguero,
la endecha divinal de sus amores!
En el limpio cristal de la laguna
donde moja el dorado sus escamas,
abre su broche de fulgor de luna
el camalote de jugosas ramas!
Los vientos en la fronda se han dormido.
Rompe su braza el fruto del granado;
y canta desde el hueco de su nido
golondrina que habita en tu tejado!...

Embriágate en lo azul! Hoy está el cielo
como campo de luz, limpio de galas,
poeta, remonta hasta lo etéreo el vuelo
y traeme una canción sobre tus alas!"

—¡Oyeme diosa de los ojos pardos
en que arde la pasión;—por tí fundieron
con delirio las rosas y los nardos
el tinte aureal que á tus mejillas dieron!
Por imitar tu musical acento
su trova alza el zorzal; y la palmera
cópia al ser columpiada por el viento
el ritmo de tu cuerpo, mi hechicera!
Por tí baja la nube que colora
el confin, en las puestas de Febrero,
á dejar en tu crencha flotadora
un girón de arrebol! — Por tí es ligero
el colibrí que gira en los juncales
y cuelga su canasta sobre el río;
y hay fuego en los boscajes de ceibales
como en tu boca de frescor de estío!

—Oyeme diosa! —La pasión es llama
que caldea al corazón! Luz el ensueño
que por el alma su fulgor derrama
y dá forma grandiosa á lo pequeño!
Fuente el amor, en que apagar se alcanza
esa sed insaciable del deseo;
Un dorado espejismo la esperanza
en cuyas faces engañosas creo!...

Cree tú también! La decepción que es fria
como hoja de puñal, nunca te hiera!
¡Es el peor de los males, la agonía
de una ilusión soñada duradera!

. . . .

. . . .

Sobre el blanco cojín de los ensueños
reclina tu cabeza hechizadora,
primer visión de mis primeros sueños;
miosóti embriagador! Ave canora!
suspiro embalsamado de claveles
que pueblan mi jardín! Arpa que llora!
Zumo de guaviyú! Lluvia de mieles
del pátrio camoatí,—¡rayo que dora!

Ama así como yo!—con ánsia loca;
con vehemencia de Ofelia en tus amores;
como adoran mis besos á tu boca!
como quieren las áuras á las flores!

No temas al dolor; fecunda el lloro;
y cada fibra que el dolor azota,
es un capullo de envoltura de oro
de cuyo fondo la esperanza brota!

. . . .

. . . .

"Poeta, me dijistes; -ríe la altura;
tu naranjo está en flor;--la trepadora
que prende de tus rejas su verdura
muestra sus lujos de color de aurora!
En la nieve que ostenta el limonero
se agitan los insectos de colores;
trina en su jaula alegre tu jilguero
la endecha divinal de sus amores!
Embriágate en lo azul!—Hoy está el cielo
como campo de luz, limpio de galas;
poeta! remonta hasta lo etèreo el vuelo
y traedme una canción sobre tus alas!"...

UBALDO RAMÓN GUERRA.

Las Piedras, Marzo 26/98.

Idilio trágico

Obsequiamos hoy à nuestros lectores con un fragmento del sublime poema *Idilio trágico* que obtuvo el primer premio en los Juegos Floralesverificados en la Biblioteca Nacional de Carácas el 10 del pasado mes de Febrero. Este poema, el que aún no ha sido publicado, es una verdadera maravilla del arte poético, con el cual su autor, Andrés A. Mata, por un esfuerzo tan prodigioso como revelador de poderoso vigor intelectual y de númen robusto y atrevido, ha confirmado su fama ya por él adquirida, que le ha valido uno de los primeros puestos en el Parnaso venezolano, donde ejercen supremacia no discutida poetas como Bello, el príncipe entre los latino-americanos, y como Pérez Bonalde, también el primero entre los de su època en el continente.

En materia de arte nos guiamos por el sentimiento: aquello que hondamente nos impresiona y que, por ejemplo, en letras, se nos presenta bajo forma que excluye el reproche é imperiosamente exige los aplausos, es para nosotros la obra maestra y no se nos ocurre lanzarnos desalados en busca de inperfecciones. Tal nos sucede con *Idilio trágico*.

Manuel Díaz Rodriguez, uno de los prosistas más gallardos de la nueva generación literaria venezolana, leyó *Idilio trágico* en el acto del Certámen, y el voto del público ratificó la decisión del Jurado. Sucede con los versos de ese poema lo que dice un crítico que ocurre también con los de Núnez de Arce: que se vé obligado uno á palparlos, porque son tan admirablemente cincelados, que parecen escritos en relieve. Y en efecto, la hoja en que se lee este poema, es como el mármol, donde la mano de inspirado artista ha grabado en relieve pensamientos de la más seductora hermosura. Tiene ese poema el fondo, la intención filosófica, de los magistrales *Pequeños poemas* de Campoamor, y se toca en las estrofas la expontaneidad, que es el mejor atavío en la obra literaria, y la más intachable corrección.

Lamentamos que no se nos permita publicar integro tan precioso poema y recomendamos á los amantes de la selecta literatura la lectura del fragmento inédito que les ofrecemos.

. . . .

XV

"Mientras daban al viento sus pendones
de purpúreo color los batallones
que á defender el valle se aprestaron,
desplegaban banderas amarillas
las compactas guerrillas
que en las verdes colinas acamparon.
Vibró el himno de muerte en las cornetas;
volaron las legiones al combate;
y fué lucha de atletas contra atletas
que en impetuoso y sanguinario embate
decidieron al fin las bayonetas.

XVI

"Después de aquella lid pujante y brava
que en el campo sembró males prolijos,
quedó la Pátria, como siempre, esclava
de las pasiones torpes de sus hijos!

XVII

"Y el ódio cruento que empujó con saña
al humilde bracero á la pelea,
y transformó en trinchera la cabaña,
y recorrió con incendiaria tea
el llano, la campiña y la montaña;
que rudo, ante el honor, sordo ante el ruego,
en contubernio vil con el pillaje,
hizo de la mujer cínico ultraje
y de sus bienes despojó al labriego,
el ódio ébrio de febril venganza
que extremó su crueldad en la matanza,
y sobre los escombros de su imperio
negó todo consuelo á la esperanza
y convirtió el poblado en cementerio;
alimentando sórdidas pasiones
satisfizo su indómita demencia:
emponzoñó los buenos corazones
y profanó el altar de la conciencia.

XVIII

"Después... el hondo abismo:
un piélago de sangre sin riberas!
La ingrata soledad del ostracismo;
y tras noches enteras
de rudo afán en el hogar extraño,
las penas, mis dolientes compañeras,
cantando la canción del desengaño!

XIX

"¿En dónde estaba Dios cuando la suerte
separó nuestros pechos con su brazo?
Preferible á tal golpe era el más fuerte:
libertadora del dolor, la muerte
nos hubiera fundido en un abrazo!

XX

"Llamaron á la puerta del proscrito
miseria y orfandad, duelos sin nombre;
y mientras interroga al infinito
si también la inocencia es un delito,
al niño pronto lo reemplaza el hombre.
El hombre aquí está ya!...
La caravana
atravesó la noche del desierto,
y al brillar en el cielo la mañana
la caravana descansó en el huerto.

XXI

"Regreso con las ánsias imposibles.
de beber en la fuente de tus ojos
la lágrima que calme los enojos
de mis dudas horribles!
Te busco en la ciudad y no te miro,
y me responde el éco si te llamo.
¿Por qué, si como ayer, por tí suspiro,
oculta en el rincón de tu retiro
no atiendes à mi férvido reclamo?
¿No hay nidos en los árboles? ¿Las flores
no se abren á la lumbre matutina
y perfuman el llano y los alcores?
¿La centenaria encina
su sombra niega al viajador? ¿El río
no recorre como antes su trayecto
salpicando las hojas de rocío?...
Llámame, como ayer, "ídolo mío";
abre tu corazón al mismo afecto
que en nuestros pechos encendió una llama
y en nuestras almas derramó un perfume.
¡Esa llama de amor no se consume!
¡Ese aroma inmortal siempre embalsama!
Vamos al porvenir! No me abandones!
Unamos otra vez los eslabones
de la cadena del amor! Imprime
sobre mi frente el ósculo quemante!
¡Jamás esperes que la alondra cante!
¡Escucha siempre el ruiseñor que gime!
Pero no puede ser... El bosque humea,
y palpita en los surcos todavía
la roja sangre de tu padre...
¡Sea!
Inùtil es tu afàn, pobre alma mía!
Recoge los puñales de Medea
y tus propios dolores desafía!..."

ENVÍO

A vos, señora, recoger os ruega
la musa de los íntimos dolores,
el manojo de flores
que ya marchito á vuestras plantas llega.
Y guardadlo en el místico santuario
de vuestra juventud que se derrumba,
que esas flores nacieron en la tumba
de un corazón enfermo y solitario.
Son el tributo póstumo del hombre
que os consagró su alma desde niño,
y que en la intensidad de su cariño
hasta el recuerdo amó de vuestro nombre!

Cuando, al pié del altar, besando el ara
del santo crucifijo de la ermita
os dirijais contrita
al Dios que nos consuela y nos ampara,
os pido que rogueis constantemente
por aquella alma pura é inocente,
que ignorando subir por las escalas
que á los tristes alejan de la tierra,
mariposa de amor, quemó sus alas
en el fuego insaciable de la guerra!

ANDRÉS A. MATA.

Caràcas, Febrero 12 de 1898.

LA HIPÉRBOLE DEL ARTE

Nerón

Estudio filosófico-histórico-literario

(*Continuación*)

Vindex, el jefe sublevado, escribió varias proclamas en las que llamaba á Nerón parricida, incestuoso, dilapidador de fondos públicos y más asesino que los bandidos de la horda de Hassan; Nerón leyó las proclamas y sonrió indiferente; pero cuando Vindex dirigió otra proclama al Senado, donde le llamaba mal cantor y mal artista (textual) entonces el tirano sintió sublevarse en él el sentimiento del Arte; sintió que le herían en el lado vulnerable, sintió la flecha enclavada en la herida y se agitó como la hiena que el diestro cazador ha herido. En el primer instante quiso llamar á todos los gobernadores de las provincias romanas, y mandarlos asesinar por sus sicarios en Roma; luego experimentó una reacción sentimental preguntando á todos con lágrimas en los ojos si habían conocido á un artista tan grande como él, y se propuso, cobarde y humilde, conjurar la revolución que amenazaba envolverlo y derribarlo, como una tromba tempestuosa envuelve y derriba el pobre techo del labriego en los campos, diciendo que con solo presentarse delante de las tropas sublevadas, vestido de luto, golpeàndose el pecho y llorando entre ellas, arrepentido, desarmaría la cólera de sus soldados y así, al día siguiente, entonaría el canto de la victoria, cuyos versos él mismo iba á componer en el instante.

Pero, todo en vano; Galba, un jefe prestigioso, se unió en España á los revolucionarios y en Roma mismo escribían en las paredes que la hora del combate había llegado, pues los cantos de Nerón habían despertado á los galos y los ciudadanos pedían un Vindex; un vengador.

Todo se conjuraba contra él; hasta los presagios y el último papel que representó en el teatro fué el de «Edipo desterrado» y todo el público notó aplaudiendo la doblez de la frase del último verso que saliendo de la escena Nerón pronunció en griego:

Madre, esposa, parientes, todo quiere que yo [perezca!

Cuando supo la defección de Galba ya no le quedaron esperanzas, su poder estaba quebrado; llamó á sus tropas y no le contestaron los jefes; acudió á los cantantes, à los libertos que había colmado de riquezas y honores y no le hicieron caso; pidió á un liberto que lo matase y ni tampoco quisieron hacerle la gracia de la muerte; todos sus amigos le huyeron.

Tú que me ves ó me escuchas, hombre de Estado, guárdate! Si la fortuna te vuelve las espaldas y su rueda tiene para tí las puntas erizadas de un «tormento» antiguo; el que te acompañó batiendo palmas al Capitolio de la fama cuando estabas en el poder, hoy, caido, te empujará hasta la roca Tarpeya de la deshonra; todos tus hechos buenos vendrá la ingratitud à borrarlos con su esponja maldita empapada en el fango del olvido.

Así olvidaron à Nerón los que él había protejido; pero Faon, un liberto a quien había enriquecido magníficamente, le indicó un refugio en su casa de campo donde llegó disfrazado de esclavo, cubierto el rostro con un velo, jadeante y herido por las zarzas del camino. Pidió de comer y un esclavo con mal modo, á él, á Nerón, que cuando se invitaba á comer en casa de sus familiares gastaba en los banquetes sibaríticos, en los manjares luculianos, de cuatro á ocho millones de sextercios, le ofreció un miserable mendrugo de pan negro que en su palacio no comían ni las museras de sus estanques, pues à estas les arrojaba, de tanto en tanto, para cebarlas, el cuerpo de un cristiano para que hicieran un festín suculento.

Francisco C. ARATTA.

(*Continuará*)

SILUETA

MATILDE

Matilde es alta, delgada y extremadamente pálida.

Sus ojos pardos tienen un tinte melancólico, que la hacen simpàtica á primera vista, y en sus làbios de coral, vaga una sonrisa siempre triste que domuestra el estado de su espíritu; es de esas mujeres que llevan el alma en los ojos y en los lábios el corazón. Su singular belleza unida á sus delicadas maneras y esmerada educación hacen que se la aprecie y admire con respeto.

Conocida de la sociedad high-life montevideana, descuella en sus salones como estrella de primera magnitud y tiene en ellos un núcleo de jóvenes admiradores, que recogen sus sonrisas, reconocen sus bellas prendas morales, y aprovechan los momentos que les ofrece algún *sarao* para demostrarle su profunda simpatía. Pero ella sigue magestuosa su camino hollando flores, sin siquiera mirarlas.

¿Por qué ese indiferentismo glacial á la espiritualidad de la vida? ..

¿Es que acaso guarda el recuerdo tenaz de algún amor?...

Estas y otras preguntas se hace la pléyade de jóvenes cuyos corazones van en pos de Matilde.

Y... en realidad no se equivocan.

Matilde ha nacido para amar como aman los àngeles, con ese amor tranquilo, celestial, contemplativo; con ese calor suave que dulcemente se difunde por todas las fibras del corazón!

Ella queria encontrar un alma como la suya, que la amase, que la comprendiese y pudiese hacerla feliz. Pero... ¡oh fatalidad! cuando creyó haber hallado su ideal, fué cuando encontró el desencanto y con él la muerte de todas sus ilusiones. Por eso, ese tinte melancólico en su mirada, esa incomprensible sonrisa en sus làbios, esa tristeza infinita que respiran sus palabras.

¿Quereis saber quién es esta encantadora criatura, que tiene más relaciones con lo celeste que con lo terreno?

Buscadla en nuestros principales centros y estad seguros que la encontrareis.

SIEMPRE-VIVA.

Montevideo, Marzo 26 de 1898.

Desgraciada!

Revestida de amor bajó del cielo
y al contacto del mundo, sucumbió.
Una mano le dí: con gran anhelo
la miré reaccionar. Pero volvió
á internarse en un mar de desventura,
y ese mar la tragó:
fuí de nuevo á salvarla, ya la impura
con desdén me desvió.

Vicente MAGALLANES.

Montevideo, Marzo 26 de 1898.

Cuadro de doble faz

El reloj de pared, colocado entre una repisa barnizada de negro, y un cuadro de cartón, en el comedor, dió nueve campanadas.

Doña Rosario acabó de alisarse el cabello con la mitad de un peine de imitación à carey, y trató de ocultar entre la gruesa mata de pelo, algunas hebras plateadas que aparecian en él indiscretamente delatando con audacia los cuarenta y siete años de su dueña. Después de esta operación de éxito satisfactorio, miróse por última vez en el espejito de marco dorado que pendía de la pared, entre una funda de crochet con embutidos de batista y un sinnúmero de flores de papel, y sonriò con coquetería à su imágen, que le devolvió aquella muestra de simpatía, con ciertos detalles rugosos al rededor de sus, en otro tiempo, hermosos ojos.

Doña Rosario Gonzalez de Barreiro, era natural de la hermosa Galicia, y muy adelantada para su tiempo, según ella decia, (sin duda porque era sietemesina) y llegò a la histórica ciudad de San Felipe y Santiago allá por 1870,—cuando contaba diez y nueve años,—con cartas y recomendaciones para unos parientes suyos que vivian en esta ciudad. Entiéndase que por aquel entonces llamabase Rosario Gonzalez á secas, y si le había agregado á su nombre la partícula y el apellido Barreiro se debia à que así se designaba un esposo que hubo de tener la tal Rosario y que era guardia civil por más señas.

Como criada primero y màs tarde ama de llaves, con el honroso título de mujer de confianza, ingresó en casa de una familia respetable, donde à fuerza de economias y privaciones logró reunir una modesta suma, con la que decidió establecerse por su cuenta, después de una docena de años sacrificados heróicamente en bien de la prosperidad... de su bolsillo.

Nunca había sido coqueta, si hemos de dar crédito à sus afirmaciones, pero le gustaban los hombres, como à cualquier mujer bien nacida, siguiendo la incontrastable ley de la naturaleza, que hace nacer inclinaciones hácia nuestro sexo en las cabecitas lindas y feas de nuestras eternas é implacables cuanto codiciadas y dulces enemigas.

En el momento en que la encontramos acababa nuestra heroina de levantarse del lecho, que ocupaba casi la mitad de la pieza de una modesta casa de huéspedes en la calle Colón, de la que ella era arrendataria.

Asomó al corredor la mitad de su cuerpo casi obeso y con voz atiplada llamó:

—Pastora!...

—Señora? contestó desde el fondo una voz que debia ser la de la sirviente; y acto contínuo se oyeron sobre las baldosas del patio las fuertes pisadas de la fámula, cùyos botines claveteados resonaban como castañuelas.

—Está pronto el almuerzo?

—Si, señora...

—Se ha servido à los vecinos?...

—Don Pepe, el pintor, y ese jóven recién llegado ayer, se han desayunado; solo faltan don Nicomedes, el estudiante y el señor de las patillas.

—Bien, poned todo lo necesario en el comedor, avisad à esos señores y llamadme despuès.

—Ah! me olvidaba de un recado que para Vd. me ha dado ese jóven que vino ayer, dijo la sirviente volviéndose.

—Decid, contestó doña Rosario, en tanto que una sonrisa picaresca vagaba por sus làbios.

—Es esto, dijo Pastora entregando à su ama un papel plegado en muchos dobleces. Y cantando un aire de la tierra, volvióse à sus quehaceres.

La gruesa dueña de casa se retiró á su habitación, y un momento más tarde apareció en la puerta del comedor y saludaba á sus huéspedes con un:

—Buenos dias, ¿qué tal han pasado ustedes la noche?

—Bien, gracias, contestaron à una los comensales, interrumpiendo un animado diálogo para contestar al cortés saludo de doña Rosario.

—No se interrumpan por mi, dijo esta; continùen si es que puedo escuchar,—y entre tanto dirigia miradas incendiarias al señor de las patillas, como había designado Pastora à uno de los huéspedes, hombre como de cuarenta y cinco años, de anchas patillas abiertas, apellidado Salomón.

Las tres personas continuaron su interrumpida conversación.

—Pues si, dijo don Nicomedes, que era el que llevaba la palabra, después de los sucesos de Febrero, en que el derrocamiento de aquella Cámara espúrea...

Al oir esto doña Rosario, se cubrió su rostro de grana, hizo un gesto de desagrado y miró á Salomón que no tomaba parte en la polémica y sonreia socarronamente.

—Si, sí, estamos de acuerdo, respondió

el estudiante, eso ya lo hemos discutido; el punto en cuestión es la disolución de la Guardia Nacional, que después de haber sido la base en que se asentó el Gobierno Provisorio...

—Y el ejército? replicó vivamente don Nicomedes.

—...Recibe en pago lo que menos esperaba, contestó el estudiante haciendo caso omiso de la interrupción de su interlocutor; y levantándose añadió:

—Hasta luego, que es ya hora de clase.

Don Nicomedes se levantó de su asiento, encendió un cigarrillo y echando bocanadas de humo salió del comedor, refunfuñando entre dientes. y diciendo cuanto á boca le venía de los endiablados estudiantes que solo saben hacer pasar malos ratos á las personas sérias.

Apenas hubo traspuesto el umbral de la puerta, allegó Salomón su silla á la de su vecina, y en voz baja sostuvieron un diàlogo muy diferente del que oian hacia un un instante.

Doña Rosario dejó de tomar el café con leche que en su taza bebia, para aceptar la invitación de su huésped, que le ofreció la suya; y entre suspiros, sorbos pequeños, miradas lànguidas, apretones de manos, y alguno que otro beso furtivo terminaron el almuerzo aquel memorable día.

Dan las cinco en el reloj de pared y doña Rosario termina su toilette de tarde; poco rato después se sirve el té y la misma escena de la mañana se repite, con diferencia de actores. El lugar de Salomón lo ocupa el jóven del billete, quien en las dulces miradas de la dueña de casa leyó un sinnúmero de esperanzas, con visos de realidades próximas á transformarse en estas.

Cae el telón!

Américo S. MANCEBO.

Montevideo, Marzo 26 de 1898.

Árboles viejos

Hasta el árbol tronchado en el camino,
sin hojas y sin frutos y sin flores,
puede prestar asiento á los pastores
y un báculo prestar al peregrino.

Así el anciano, de experiencia y tino
consejos dá que evitan sinsabores:
y sin sávia, ni aromas, ni colores,
cumple su ley y tiene su destino....

¡Oh, labrador! escucha mi consejo:
te debes resistir cual me resisto
á cortar ramas aunque estén desnudas;

Porque puede salir de un árbol viejo
quizás la cruz en que sucumba un Cristo,
quizás la rama en que se cuelgue un Júdas!

José Santos CHOCANO.

Lima, Febrero 26 de 1898.

Santiago Barco

(Continuación)

La vió por primera vez en la catedral, un dia de gran fiesta, arrodillada sobre los últimos escalones de la maravillosa escalera de mármol blanco. Al día siguiente, con un claro de sol de invierno, volvió á verla que paseaba del brazo de su padre, en ese paraje de Burgos, más bajo que el Espolón, paralelo al Arlanzón, llamado *Los cubos*, série de bastiones con bancos al pié de la muralla, al abrigo del viento del norte.

Aquella misma noche supo que era hija única de don José de Somosierra, noble casi arruinado; à los tres dias estaba informado de sus relaciones habituales y halló medio de hacerse presentar en la casa. Desde entonces, fueron rápidamente los progresos de su empresa.

Al principio solo pensó en un éxito de libertino, pero después, al verse amado tan tierna y cándidamente, se enamoró á su vez, y en verdad que Jimena fué la única mujer á quien amó locamente hasta el punto de que varias veces, en el momento de aprovecharse de una entrevista, huyó de la tentación por respeto à su amor deliciosamente ideal, y también por una especie de temor que le asaltó al recordar estas palabras de su amante: «Cuando naci, la capilla del castillo en que vivía mi familia no era ya sino una ruina. Yo fui bautizada en la capilla de una ermita próxima consagrada á nuestra señora de las Angustias. Siempre he pensado—agregó con sonrisa melancólica de infinita dulzura,—que por este hecho yo también estaba consagrada á las angustias. Y las he conocido, en verdad, desde el primer instante en que nuestras miradas se encontraron.»

Y las angustias continuaron atormentándola. Esa continencia de don Enrique de Arnedo solo duró un plazo muy corto. La misma inocencia de Jimena, lejos de secundar la resistencia de él, facilitó su caida. Ella amaba sin reserva... Y pocas semanas después, él mismo tuvo que iluminarla respecto de las consecuencias de su intimidad. Para sustraerla á la ira paterna y al descrédito público, la propuso huir con él, Pero de pronto, se reveló ante ella misma la mujer que era; todo lo comprendió, y midió la profundidad del abismo en donde el amor la habia arrojado. Y al mismo tiempo se irguió la altaneria de su corazón, tan generoso en su imprudencia.

Habia caido sin cálculo y quiso levantarse con desinterés y no vencida. Rechazó la huida, y como él se negara á la única reparación digna de ella, el matrimonio, alegando que su familia no consideraba bastante noble la casa de Somosierra, ella, animosa y desesperada, le confesó todo á su madre, excepto el nombre del seductor, y le declarò, al mismo tiempo que su falta, el castigo que se imponia.

Después de la misa de purificación, desaparecia del mundo; á un kilómetro y medio de Burgos existe un antiguo monasterio fundado á fines del siglo XV por Alfonso VIII, el vencedor de los moros en la batalla de las Navas de Tolosa, y fué construido en un terreno de un castillo denominado *Las huelgas del rey*.

Este convento está sometido á la regla del Cister y puesto bajo la advocación de Santa Maria la Real. Solo admite monjas de nacimiento noble y por esto se les llama *damas*, y no *hermanas*. Allí es donde Jimena de Somosierra resolvió dedicar á la penitencia su juventud, toda su vida marchitada.

Su padre la acompañó allí, mudo, inflexible, con los ojos devorados por un fuego que desecaba las lágrimas à medida que corrían. Sin un reproche, sin un consuelo, depositó un beso en la frente de su hija en la puerta del convento. La puerta se cerró tras ella como la losa de un sepulcro

Un padre capuchino, confidente habitual de la familia, se encargó de llevar al niño al torno de la casa de expósitos, de darle un nombre, de colocarle una señal de reconocimiento y de velar por su destino en la medida de lo posible.

De todos estos detalles fué informado entonces don Enrique. Pero hacía mucho tiempo que tales recuerdos no tenian interès para él.

Y ahora su memoria resucitaba con precisiòn terrible las horas de voluptuosidad y los dias de intranquilidad; y ahora se encontraba en esta situación terrible; mientras su amante abandonada vegetaba todavia casi jóven en los muros del cláustro, su propio hijo, convertido en rival de otra amante, había querido asesinarle, y por este crimen iba á ser fusilado dentro de veinticuatro horas.

PONTSEVREZ.

(Continuará).

El grito del obrero

Yo conozco también las horas lentas
de la jornada de labor penosa
mi mano encallecieron herramientas
al darle forma á la escultura hermosa.

Yo conozco también los grises días
en que la lluvia me enturbió los ojos,
conozco la humedad de nieblas frias
que apagan de la sangre los arrojos.

Yo sè extraer del árbol la madera
con el hachazo que en redor retumba,
y hacer la cuna, la hada lisonjera,
ó hacer la caja, la hada de la tumba.

Yo, muebles fabriqué que nunca he usado;
yo, salarios gané que no he tenido
fuí por un miserable despojado
en mi pan, en mi libro y mi vestido.

El imperio, conozco, en los patrones
de acento altivo y de insolencia enorme,
que partieron mi trabajo por *acciones*
en su voracidad jamás conforme.

Y conozco las noches sin alientos
cuando á esta pobre clase obrera inulta
se la niega la luz, los alimentos,
y con el lujo del robo se la insulta.

Conozco de los hartos el eruto,
que buscan carne de placer vendida,
acicateados por instinto bruto
y saturada por alcohol su vida.

Veo la flor del mal de las miserias
en palacios trocados los salarios
y el grito de dolor de las lacerias
cuando pedís justicia, oh! proletarios!

Y no la pido yo! Yo no la quiero
tu vendida *justicia* oh! burguesía,
es la santa canalla que prefiero
por justiciera en el tremendo día!

Y llega el rojo día sin mandones,
que Libertad y Amor por siempre traiga;
¡Burgueses, preparad vuestros cañones!
La lucha comenzó; caiga el que caiga!

Raul de ALCEDA.

Montevideo, Marzo 23 de 1898.

PÉTALOS SUELTOS

PARA UBALDO RAMÓN GUERRA

Padecías mucho, ¡pobre alma mia! No había para tu noche albor temprano, como ha dicho el poeta.

Yo te he visto, más de una vez, en el borde de ese hondo abismo llamado dolor y he visto el buitre fatal de la desesperación posarse sobrecogido con el plumaje tembloroso y los ojos desesperantes bien abiertos, y á veces cernirse sobre mi cabeza y golpearla con sus sombrías alas negras.

Yo te he visto, ¡pobre alma mia! contemplar las aguas amargas de ese mar tenebroso de la vida y has visto como bajo la corriente de sus ondas, en apariencia irisadas y juguetonas, se deslizaban la desnudez y el hambre,—miserias del cuerpo—y el ódio y la desesperacion,—miserias del alma.

Yo te he visto, ¡pobre alma mía! escuchar por todas partes el lenguaje del harapo, especie de lamento que llora midiendo su miseria,—retorcerse,—midiendo su abismo,—y en un instante de desesperación incorporarse en el lecho del sufrimiento, cual Prometeo atado, que por un supremo esfuerzo alza sus cadenas, pero ¡oh Dios! vuelve á caer en el tálamo del martirio!

Tú has visto ¡pobre alma mía! la lágrima candente del hambre que amorata los lábios del inocente sacado por manos de la Providencia del *Nirvana*, al deslizarse silenciosa, arrastrando en forma de perla siglos de tormento, mundos de dolor; tú la has visto salir de otras almas, poco á poco, en marcha interminable. Y ese grito que pudiera decirse lleva olor à tumba, ese grito salido de una boca que tres dias tiene de no saborear el pan de la vida, exhalado por una carne fria, moribunda, alentado por un espiritu torturado, deshecho,—ese grito tambien ha venido á herir y vulnerar tus creencias ¡oh pobre alma!

Valor, alma mía! Ahí vá la eterna fila de los angustiados con la pesada cruz à las espaldas, marchando sin cesar por la triste calle de la amargura. Ahí van los escogidos del infortunio caminando desde hace centenares de centenares de años, caminando sin cesar, desgarradas sus carnes y dejando huellas de sangre en la agonizante caminata.

Almas puras, blancas, almas de nieve, querubines del erial; si no teneis la mancha más leve, ni la sombra màs pequeña, ni la más imperceptible penumbra, ¿por qué vais así sangrando; por qué os arrastra esa corriente; por qué os abate ese ciclón? ¿Por qué, si culpa no hay, sufrís pena, pena horrible? Tener fé y ver que la misma fé se abate! Tener esperanza y verla morir! Creer en la felicidad tiritando de frio bajo el cielo azul! Esperar la dicha apetecida, sintiendo el calambre de la agonía que contrae los nérvios!...

***

No habia en tu noche albor temprano, ¡alma mia! Padecías mucho, más, como al tierno halago de la brisa matinal se abren las flores y se inclinan sus corolas bajo las caricias vivificadoras del sol, apenas sentiste el rumor de ese como blando céfiro del cariño y viste los rayos purísimos y tibios del astro del amor, alma infeliz, renunciaste al misterio de tus congojas y el sacerdote del silencio, puesto el índice en los làbios, ya no ofició más en tus recónditos santuarios.

Ternuras del corazòn no confesadas nunca y dolores profundos, de los que parece que nacieron con el individuo como una manifestación del atavismo, esperanzas, frágiles acaso como el ala de la mariposa, y cual ella policromas y brillantes; los tímidos recelos, las lágrimas, los ódios,—porque esa pasión fermenta en todo pecho humano,—cuanto pensabas y sentias ¡alma mia! lo comunicaste en el instante dichoso en que hallaste otra alma que te comprendiera. Qué alivio, qué alegria infinita! Poseer quien enjugue tus lágrimas, cuando antes llorabas *para adentro*, porque no eras escuchada, no es gozar, con anticipación, de las venturas celestiales?

***

Este infierno de pesares y de dudas, esta agonía de las almas á que se llama existencia, no seria soportable sin los deliciosos intervalos del amor, sin la transfiguración de los espíritus, que se verifica por la entrega incondicional de un corazón à otro corazón. La perversidad humana afila sus puñales en la sombra y busca nuestros pechos para desgarrarlos, obligándonos á padecer cruel martirio. Como tengamos quien apasionadamente nos atraiga á su lado, quien nos diga palabras más dulces que la miel, que acallen el éco de los ladridos de la jauria que nos persigue y suenen en nuestro oido á música que no tiene igual como harmoniosa; quien de todos los néctares forme uno solo y nos lo dé en dos pétalos de clavel, nos lo dé á saborear en besos cálidos, productores de una felicidad que no puede compararse en lo terrestre, entonces, solamente entonces, habremos llegado á la categoria de semi-dios y encontraremos que todo es magnífico en la creación.

***

Por eso es que nunca me parece tan bello el sol como cuando quiebra sus rayos de oro sobre la cabellera obscura de mi amada; ni tan hermoso el espejo de las aguas, como cuando la retrata, dichosa y sonriente, la cabeza escondida sobre mi pecho; ni más rumorosa la brisa que cuando me trae los sones de su voz que semeja al sonido de una cascada de perlas al caer sobre una ánfora de cristal y plata; ni más gallarda y olorosa la flor del nardo que cuando, como broche sin igual, ajusta sobre el seno la bata de la que adoro y cuando confunde su blancura con la blancura de ella; ni màs puro el aire que cuando besa levemente su mejilla arrancándole su perfume y su tibieza, ni más frescas y coloreadas las flores que cuando se enredan en la veste que lleva mi reina, como para adornarle con matices que no tuvo el régio manto de Salomón,— aquellas flores silvestres que no fueron llevadas de ningún pensil, ni dedos con pedrería pusieron en pintado vaso sajonés ni en tibor de oros opacos de la China.. aquellas flores que no necesitan hablar para decirle: *te amo!*

Las flores, no sé quien dijo, fueron la última creación de Dios. Hecho el mundo, Dios no halló á la mujer suficientemente bella... No era cuestión de *sacar otra costilla* ni de hacerla de nuevo. Era preciso algo que fuese y que no fuese, algo que no fuese nada sin la mujer, mas que con ella lo fuese todo.

Y el señor abrió los brazos y exclamó: *Háganse las flores*!

Por eso cuando veo surgir á mi amada de entre las flores, me parece que lo veo todo y que la naturaleza gozosa y alegre me grita:

Amaos y daos un beso!

WERTHER.

Montevideo, Marzo 26 de 1898.

Una condesa

(Traducido del francés para «La Vida Montevideana»)

> Cárlos de Athis, publicista, tiene el honor de participar á usted el nacimiento de su hijo Roberto. — El recien nacido sigue bien.

Todo el Paris literario y artístico recibió, hace cosa de diez años, esa esquela impresa en papel satinado y con el escudo de armas de los condes de Athis Mons, de los cuales, el último, Cárlos de Athis, había sabido, muy jóven aún, conquistarse un nombre de poeta.

El recien nacido sigue bien.

¿Y la madre? ¡Oh! De ella no hablaba la esquela. Todo el mundo la conocia demasiado Era hija de un cazador furtivo de Sena y Oise, una antigua modelo que se llamaba Irma Sallé, y cuyo retrato habia rodado por todas las Exposiciones, como el original habia rodado por todos los estudios. Su frente pequeña, su lábio levantado, aquella cara de campesina—una guardadora de pavos con facciones griegas —aquel color, un poco tomado, de las muchachas que se crian al aire libre, que dá á los cabellos rubios reflejos de seda pálida, daban á aquella chiquilla una especie de originalidad bravía, completada por dos ojos de un color verde magnífico, medio escondidos entre las espesas cejas.

Una noche, después de un baile en la Opera, Athis se la llevó à cenar, y desde hacía dos años seguia la cena. Pero aún cuando Irma habia entrado por completo en la vida del poeta, aquella esquela, insolente y aristocrática, demostraba claramente lo poco que en ella significaba.

Y, en efecto, en aquel hogar provisional la mujer no era más que una ama de llaves, que regenteaba la casa del aristócrata poeta. Demasiado rústica y demasiado tonta para comprender el génio de Athis, aquellos versos magníficos, refinados y de buen tono, que hacian de él una especie de Tennyson parisiense, habia sabido, sín embargo, plegarse á todos sus desdenes, á todas sus exigencias, como si en el fondo de aquella naturaleza vulgar, hubiera quedado un poco de la admiración humillada de la plebeya hácia el aristócrata; de la vasalla hácia el soberano. El nacimiento del niño no hizo más que aumentar su nulidad en la casa.

Cuando la condesa de Athis Mons, la madre del poeta, mujer distinguidisima de la mejor sociedad, supo que tenia un nietecito, debidamente reconocido por el au-

tor de sus dias, tuvo deseos de verle y abrazarle.

Cierto que para una antigua dama de la reina Amelia era muy duro pensar que el heredero de aquel título tenía una madre semejante; pero atenièndose á la fòrmula de las esquelas, la anciana se olvidó de que tal mujer existía. Escogió para poder ver al niño, una nodriza, á cuya casa iba cuando estaba segura de no encontrar á nadie; lo admiró, lo mimó, lo adoptó de corazón, é hizo de él su idolo, ese último amor de las abuelas, que les sirve de pretexto para vivir unos cuantos años más con el fin de ver crecer á sus nietos...

Luego, cuando el niño fué mayorcito y volviò à vivir con sus padres, como la condesa no podía renunciar à verlo, se hizo un convenio; cuando la abuela tiraba de la campanilla, Irma se escondía silenciosamente, ó bien llevaban al niño á casa de su abuela.

Athis, entregado por completo á sus versos, se contentaba con adorar à su Roberto, y con imaginar que el niño era solo suyo. Pero la ilusión no duró mucho tiempo.

--Quisiera verte casado—le dijo un dia su madre.

—Si... pero el niño...

—No tengas cuidado. He descubierto para ti una jóven noble y pobre, que te adora. He hecho que conozca á Roberto, y ya son antiguos amigos.

—¿Y esa... esa mujer?—se atrevió à decir el poeta, ruborizándose un tanto, porque era la primera vez que hablaba de Irma delante de su madre.

—¡Ah!—respondió la anciana.—Le daremos una buena dote, y estoy segura de que encontrarà con quien casarse.

Aquella misma noche, Athis, que no habia estado nunca muy enamorado de Irma, le habló del proyectado arreglo, y la encontró, como siempre, sumisa y obediente. Pero al otro dia, cuando volvió à su casa, la madre y el niño se habían marchado. Los fugitivos fueron encontrados en casa del padre de Irma, en una horrible cabaña, situada en el bosque de Rambouillet, y cuando llegò el poeta, su hijo, su heredero, vestido de terciopelo y encaje, en las rodillas de su abuelo, jugaba con su pipa.

Athis, aunque muy conmovido, quiso fingir que se reía, y trató de llevarse al niño y á la madre. Pero Irma se opuso á ello en un principio.

Fuè menester, nada menos, que la promesa del poeta de que no se casaria, para que decidiera á irse con èl, y asi y todo, impuso condiciones.

Ocultarse siempre y desaparecer cuando la condesa llamaba, no era ya posible.

El niño habia crecido demasiado para que se le expusiera à tales humillaciones delante de él. Se convino en que, puesto que la condesa no queria encontrarse con la amiga de su hijo, no irian á casa de ésta y le llevarian el niño todos los dias á la suya.

Entre tanto, Irma Sallé—siempre con ayuda del niño—iba ganando terreno en el corazon del padre. Estaba al frente de la casa, recibia, daba reuniones y se instalaba como mujer que no piensa marcharse.

Necesitó cinco años para hacerse condesa; pero al fin lo fué... Un dia el poeta se resolvió á anunciar á su madre que estaba decidido á casarse con Irma; y la pobre señora, en lugar de indignarse, acogió aquella calamidad como una dicha, sin ver más que una cosa en la boda: la posibilidad de ir à casa de su hijo y de amar libremente á Roberto. El hecho es que la verdadera luna de miel fué para la abuela.

Athis, despues de su calaverada, quiso alejarse por algun tiempo de Paris.

Encontrábase á disgusto; como el chiquillo, colgado á las faldas de su madre, mandaba en todos, fueron á pasar una temporada al pueblo de Irma, al lado de las gallinas del tio Sallé.

Era aquella la cosa más curiosa, mas diparatada que no se puede imaginar. La condesa y el cazador se encontraban todas las noches á la hora de acostar al niño. El cazador con su pipa ennegrecida en la boca y la antigua dama de la corte con sus cabellos empolvados y su respetable aspecto de gran señora, contemplaban juntos aquel hermoso niño que tanto admiraban uno y otra. La abuela le llevaba de Paris todos los juguetes nuevos, los más bonitos, los más caros; el otro le hacía pitos magnificos con pedazos de caña, y el niño no sabia qué preferir.

En resúmen: entre todos aquellos seres agrupados como á la fuerza al rededor de una cuna, el único verdaderamente desgraciado era Cárlos de Athis Ya no trabajaba, y léjos de aquel Paris que tan pronto olvida á los ausentes, sentia que casi no se acordaban de él... Afortunadamente, el niño estaba allí, y cuando el niño sonreía el padre no pensaba ni en sus éxitos de poeta, ni en el pasado de Irma Sallé.

¿Querèis saber ahora el desenlace de aquel drama singular? Pues leed la esquèla con orla de luto que recibí hace pocos dias y que es como la última hoja de aquella aventura parisiense:

«Los condes de Athis tienen el pesar de participar à usted la muerte de su hijo Roberto».

¡Infelices! ¿No os parece estar viéndolos à los cuatro, mirándose uno á otro al lado de una cuna vacía?

ALFONSO DAUDET.

Figurín adicional

Descripción de los figurines

N.º 1—TRAJE CON CASAQUILLA DOBLE

La forma de una elegancia sencilla exige materiales distinguidos, paño blanco, muy fino, leña suave, gris plateado ó color de arena. El bolero apenas ajustado reemplazará el corpiño. Para la parte casaquilla inferior, que se termina en paños puntiagudos, se añadirá, sobre 3 cm. de ancho, tela doble; lo cual produce la caida graciosa, que sienta tan bien. De paño se cortarán con esmero los bordes; la guarnición, de 1 cm. 1/2 de pespunte de cordoncilla surtido, consolidará al mismo tiempo estos bordes sin dobladillo. Las últimas hileras de pespuntes sirven para reunir partes casaquillas que pasan una por debajo de la otra hasta la línea fina. Fórresela completamente con tela y seda blanca ó surtida al color de la casaquilla. Cuello derecho, alto, de ocho partes, de tela doble sobre entretela. Se abrocha delante con cuatro botones decorativos, de nácar. Mangas pernil, estrechas, con entretela de unos 10 cm. en el interior del borde inferior. Se completará el corpiño con un cinturón ancho de forma justillo de tela, con pechera de tela y corbata de hombre, con una pechera ajustada ó con un camisolín blusa de luisina á cuadros, de seda de las Indias ó de tela fina, de color.

N.º 2—VESTIDO CON BLUSA DE TUL

La falda, forrada con alpaca, es de seda blanca, sobre la cual forman cuadros bastante grandes unos terciopelillos tejidos. La blusa es de tul con lentejuelas sobre fondo de seda blanca Mangas de seda blanca, con rayas de terciopelillos cosidas. El forro ajustado se abrocha invisiblemente bajo las partes blusa que se cruzan y solo están reunidas en la costura de los hombros. Cuello derecho con puntos de terciopelo encarnado. Adornos de terciopelo con lacitos y botones decorativos. Lazo de corbata de tul negro y blanco. Capelino de seda amarilla, adornada con geranios y cinta ancha amarilla.

N.º 3—VESTIDOS CON CASAQUILLA ACAMPANADA

El modelo es de lana ligera con la tela de encima gris blanco, adornado con faya gris, con galones de pasamanería, con seda color de ciruela de 1 cm. 1/2 y con botones de nácar con reflejos. Forro completo de seda y bocací en los bordes de delante hasta la la línea fina. Los bordes desaparecen bajo la pechera ancha, colocados como de costumbre arriba y abajo; cuello derecho y cuello acampanado, forrados con bocací y seda. Mangas lisas con ahuecado corto, fruncidas arriba y abajo y adaptadas. Para el cinturón adobladíllese sobre este borde largo un sesgo de seda de 25 cm., ajústese de los lados exactamente al talle y préndase con puntos invisibles sobre el corpiño. El paño recto no se prenderá, y se abrocha á la izquierda bajo un lazo surtido. Corbata de seda abigarrada, de 12 cm. cortada al sesgo.

Imp. LA NUEVA CENTRAL, 25 de Mayo 427